

Las bibliotecas son viejas (amigas) cargadas de futuro

Javier Pérez Iglesias | Biblioteca de la Facultad de Bellas Artes de la UCM

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5137>

Una gran parte de la fuerza de las bibliotecas que tenemos está en el pasado. La propia idea de que existan, que se esboza a finales del siglo XIX y va definiéndose a lo largo del siglo XX, atraviesa como un fantasma la idea de cultura, de participación en la vida pública y de creación artística. La sociedad necesitaba un espacio abierto a cualquiera, en el que sucedieran encuentros entre las personas para que se afilaran los deseos y eclosionaran en aprendizajes, en creaciones, en disfrute. Por eso se inventaron las bibliotecas públicas. Por eso tenemos que seguir inventándolas.

En las primeras décadas del pasado siglo ya existía esa visión de que la cultura y el arte podían ser herramientas de liberación y, desde luego, pertenecían a todo el mundo, no solo a una élite. Del mismo modo, un ejemplo subyace en todo lo que hizo la Segunda República Española con el objetivo de acercar la lectura a toda la gente. También el pensamiento, o la teoría, de lo que

debían ser las bibliotecas incorporó la idea de escuchar a quienes acuden a ellas para crear instituciones vivas, que dejaran entrar y salir formas de hacer nuevas y maneras diversas de mirar lo que hacemos (¡gracias siempre a Ranganathan!).

Hay en el pasado bibliotecario destellos que nos llevan a imaginar otros futuros posibles. Si entre tantas “ancestras” fueron capaces de imaginar algo como la “biblioteca pública” y dieron pasos para construirla, nosotras (todas las personas que vivimos en este siglo XXI “cambalache, problemático y febril”) podemos, debemos, seguir tejiendo bolsas en las que entren frutas y flores que ellas todavía no habían cultivado pero que, de alguna manera, nos señalaban con sus semillas.

Por eso, en la medida de nuestras posibilidades, desde la biblioteca de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid, trabajamos con nuestra comunidad para que ocurran cosas, que suceden gracias a la colaboración con otras. Eso implica admitir que algunos proyectos van a salir mal o que nos van a llevar a lugares incómodos. Asumimos que, en alguna medida, no tenemos todo el control de lo que va a ocurrir.

Nos ha sido de gran ayuda mirar atentamente al trabajo de las bibliotecas públicas que están abiertas a actividades que las convierte en una suerte de centros culturales. Otra gran herramienta ha sido dejar que las prácticas artísticas den respuesta a nuestros deseos y hacerlo de una manera colaborativa. El proyecto de Concomitentes es un ejemplo.

Nos abrimos a personas y comunidades de fuera de la universidad. No solo ofrecemos espacios y servicios sino la posibilidad de participar en nuestra política de gestión



El futuro de la investigación (2016) | foto Javier Pérez Iglesias



Gentes bibliotecarias (2017) | foto Elena Feduchi

de las colecciones a través del programa Adquisiciones comisariadas. Esto implica, a veces, la intervención en el propio catálogo de la biblioteca como ocurrió con Encabezamientos de materia: saquemos los libros del armario. Esta manera de trabajar ha propiciado que la Biblioteca sea catalizadora de publicaciones y cómplice de proyectos editoriales expandidos que a veces nacen de acciones, *performances*, instalaciones o exposiciones y acaban solidificándose en un libro y, en otras ocasiones, también pueden ser textos, libros o fanzines, que devienen prácticas en vivo. Algunos ejemplos de esto son *Desiderata*, *Spangberguianismo* o *Te seguiré la ciudad*.

Trabajamos con la idea de que las bibliotecas financiadas con dinero público son para todo el mundo que las necesite y que entre todas formamos una constelación de espacios seguros para que cada persona pueda ser como quiera ser. Lo más importante, para nuestra manera de hacer biblioteca, es escuchar a quienes nos acompañan. Luego intentamos que esa escucha se traduzca en servicios, colecciones, actividades... A veces eso nos lleva a salir de nuestras instalaciones y nos convertimos en una biblioteca ambulante que entra en las aulas o que viaja a otros lugares. Un ejemplo de esto último es el programa que se diseñó en colaboración con el Centro de Arte 2 de Mayo (CA2M) y que generó el ciclo de conferencias *Crear como quien hace bibliotecas*.

Aunque nos movemos con los conceptos de dentro/fuera y de profesionales/*amateurs*, nuestro deseo es ir

más allá de esos binarismos (de cualquier binarismo) y hacer que crezcan jardines en las grietas de los muros que, inevitablemente, nos rodean. Somos una institución (la biblioteca) dentro de otra institución (la universidad) y cargamos con tanta historia (tantos cadáveres enterrados en nuestros propios jardines) que solo miramos al pasado para buscar destellos de futuro. Por eso, cuando celebramos el cumpleaños de la biblioteca, en 2022 han sido 99 años para la nuestra, lo hacemos durante los 365 días, convencidas de que lo mejor de la fiesta está por llegar.

En este quehacer bibliotecario lo principal son los ritmos que marcan quienes nos visitan y nos buscan. No diferenciamos mucho entre las colecciones que se van creando y lo que hacemos con ellas, porque esa mezcla es la que genera una biblioteca, a modo de bibliografía comentada, que se lanza hacia el futuro queriendo encontrarse con cuerpos deseantes que la hagan crecer. Eso, en nuestro caso, se materializa en otro proyecto, *Cápsulas fuentes* que hace que la investigación basada en prácticas artísticas sea una manera de que la biblioteca, como “organismo en crecimiento” que es, permanezca viva y cambie con quienes la habitan.

La biblioteca, cualquier biblioteca, es una obra de arte colectiva e inacabada.



Rincones para pensar (2015) | foto Valérie de la Dehesa